

do el representante del Austria en Francfort encontró la objeción decidida del representante de la Prusia y la inexorable repugnancia de sus apoyos fidelísimos anteriores, los gobiernos de Baviera, Sajonia, Hanover, los dos Hesses y Nassau, convenidos en una conferencia que habían tenido en 25 de mayo en la ciudad de Bamberg.

Bismarck en 9 de diciembre de 1854 predijo con toda seguridad las consecuencias que había de tener para el Austria su conducta respecto de Rusia, en estos términos: «Vendrá irremisiblemente el día de saldar cuentas, aunque pasen algunos años; la Rusia aprovechará la ocasión de recuperar lo que ahora pierde cuando estalle una desavenencia entre Inglaterra, Francia y Austria, ó cuando uno de estos Estados se encuentre luchando con una revolución interior. El Austria ha colocado en el camino de Rusia un obstáculo *ahora* insuperable, y en adelante la Rusia dirigirá su fuerza contra este obstáculo (1).»

El temor constante de Bismarck era que la corte de Berlín se dejara arrastrar por el gabinete de Viena á una guerra contra la Rusia; pero en vista del convenio celebrado por el Austria en 2 de diciembre, cesó toda debilidad, y en 19 de diciembre escribió Bismarck contentísimo al ministro del rey en Berlín: «Me ha regocijado en extremo el modo digno y frío, sin apresuramiento, con que V. E. trata la cuestión de nuestra entrada en la alianza y de nuestro llamado aislamiento. Conservemos la actitud serena é impertérrita y nos tendrán respeto; así se guardarán muy bien de emplear con nosotros amenazas, y más de llevarlas á efecto. Si á lo menos pudiésemos comunicar al Austria la idea de la posibilidad de que nuestra paciencia y fraternidad no sean ilimitadas y de que no hemos olvidado el camino de Moravia, me parece que el temor que inspiráramos al Austria sería más propicio para la paz que la confianza del Austria en nuestro auxilio.» En el consejo federal, en 30 de enero de 1855, una proposición del Austria para movilizar el ejército federal fué rechazada con una unanimidad que jamás había encontrado la potencia que presidía la confederación, y si alguna vacilación hubiese habido, la habría hecho desaparecer el gobierno austriaco con las groseras amenazas que dirigió en una circular secreta del 14 de enero á los gobiernos alemanes.

Al ver Bismarck madurar el fruto de su trabajo de los últimos cuatro años, escribió en 2 de febrero: «Si ahora no empuñamos el timón de la política alemana, el viento del terror austriaco, bajo la dirección de Francia é Inglaterra, empujará el buque al puerto francés y nosotros haremos en él el papel del galopin testarudo.»

El consejo federal decidió en 8 de febrero la movilización de los contingentes federales, no en cumplimiento del convenio del 20 de abril sino «para proteger la independencia é inviolabilidad de Alemania.» Fué esta una victoria de la política alemana de la Prusia, según el modo de ver de Bismarck, que tuvo la gran satisfacción de que uno de los representantes de los reinos, antes tan hostiles á la Prusia, dijese: «Los Estados de segundo orden están firmemente convencidos de que la Prusia mirará como un deber de honor responder á la confianza que ha puesto en ella la asamblea federal, y conservar esta hegemonía sin sacrificarla á ninguna seducción ni imposición en sentido particularista, pues la pérdida de esta posición dominante sería para ella por mucho tiempo irremediable y para la Alemania una gran calamidad.» Bismarck continuó con más seguridad que nunca cultivando la solidaridad pruso-alemana, que robustecía, por lo menos exteriormente, el poder de la Prusia, sin dejarse extraviar por las objeciones de Inglaterra ni por las intrigas

(1) Poschinger, tomo II, pág. 119.

subterráneas del Austria cuando se trató de la cuestión de si la Prusia había de ser admitida á las negociaciones de paz. Sobre esto escribió en 25 de enero de 1856: «Cuanta más impaciencia mostremos por figurar en las conferencias de paz, tanto más alto nos pondrán el palo sobre el cual hemos de saltar para entrar en ellas. Cuanto más fríos nos mostremos, tanto más espero que nos llamarán voluntaria y honrosamente, sobre todo si hacemos todo lo posible para tener el apoyo de la confederación. Las modificaciones en el derecho público europeo que nos interesan y que tocan á los tratados celebrados por nosotros, producirán, si han de ser estables, la necesidad ineludible de nuestra participación, y todo apresuramiento de parte nuestra redundaría en perjuicio de las condiciones materiales de nuestra intervención en las negociaciones.» La firmeza inexorable de Bismarck tuvo finalmente el resultado más halagüeño para él, á saber: que de parte del Austria se empezó á comprender que la política federal del príncipe de Schwarzenberg era completamente errónea, y que debía volverse á la anterior del príncipe de Metternich.

En 20 de febrero de 1856 escribió Bismarck que el conde de Rechberg, desde noviembre de 1855 representante del Austria en Francfort, le había dicho que estaba escribiendo una memoria para su emperador á fin de demostrarle que el Austria debía cambiar su política en la confederación respecto de la Prusia; pues si continuaba en la que seguía entonces, los Estados de segundo y tercer orden, convenidos en Bamberg, se acostumbrarían á hacer de mediadores y de árbitros entre Berlín y Viena, y finalmente preferirían adherirse á la Francia antes que dejarse gobernar por las dos citadas cortes. El ministro Buol molestaba á la confederación con sus exigencias exageradas, y quizás estallaría el descontento en el instante más inoportuno. No deberían, añadió, presentarse á la confederación asuntos sobre los cuales los gabinetes de Viena y de Berlín no se hubiesen puesto previamente de acuerdo. Esta era la política del príncipe de Metternich, de la cual este diplomático no se apartó nunca. Ni Schwarzenberg ni los que eran de su opinión habían visto que era menester seguir esta política so pena de convertir forzosamente á la Prusia en enemiga del Austria y de renunciar á la confederación alemana. A la política errónea de Schwarzenberg derrotó, pues, Bismarck con sus propias armas, tanto que el representante del Austria hubo de solicitar un cambio en la política austriaca para bien del Austria misma. Bismarck, sin embargo, dice en la comunicación citada: «Todo esto es mucha verdad, pero yo temo que si Rechberg predica semejantes ideas al gobierno de Viena, predicará en el desierto.» Así fué, en efecto, como veremos.

Con fecha 26 de abril de 1856 envió Bismarck á su gobierno una memoria completa sobre la situación que con motivo de la paz de París había resultado para la Europa y para la Alemania; y al poco tiempo se contestaron las preguntas que en esta memoria se hacían respecto de si la paz sería duradera, de qué lado peligraría, y finalmente qué remedios había para evitar estos peligros. Decía Bismarck que Napoleón, firmemente aliado con Inglaterra y solicitado por la Rusia y el Austria, ocupaba desde la paz una gran posición en Europa, y no la comprometería sin necesidad. No era de presumir en su concepto que buscara la guerra solo por la guerra y que le dominara la ambición de conquistas. Era, pues, de esperar que preferiría la paz mientras lo permitieran el espíritu del ejército y su propia seguridad. «Yo me figuro, decía Bismarck en la citada memoria, que Napoleón, para el caso de que necesitase una guerra según lo dicho, se habrá reservado alguna cuestión abierta para quejarse en cualquier momento sin que se le pueda acusar de temerario

ni de injusto, y para esto ninguna cuestión más á propósito que la italiana. El estado fatal de las condiciones de aquella tierra, la ambición de la Cerdeña, los recuerdos de Bonaparte y de Murat, el origen corso de la familia napoleónica ofrecen al hijo mayor de la Iglesia romana muchos cabos sueltos, y el odio de los italianos á sus príncipes y al Austria le allanan los caminos; porque el Austria ningún auxilio tendría que esperar de nuestra democracia cobarde de Alemania, y el de los soberanos no le tendría sino cuando fuese el más fuerte.»

Según esto, entre todas las potencias era el Austria la que corría mayor peligro, en cuyo caso opinaba Bismarck que no podía contar para nada con la confederación y muy poco con la Prusia. De los sucesores de los príncipes de la confederación rhiniana era seguro que el deber de su conservación sería antepuesto por ellos á todos los deberes federales y de los tratados. Algunos soberanos tendrían la mejor voluntad, pero ¿de cuáles podía esperarse que contra el consejo de sus ministros y contra las súplicas de sus súbditos entregaran su país á la calamidad de la guerra y abandonaran sus palacios para vivir hasta la reconquista de sus territorios en el campamento austro-prusiano? Fácilmente se convencerían de que primero eran sus deberes para con sus súbditos que los deberes federales; de que soberanos tan poderosos como los emperadores de Rusia y Francia no les abandonarían, y de que en el peor caso Austria y Prusia por envidia mútua dejarían vivir á los Estados de segundo y tercer orden. La confederación del Rhin en 1813 y 1814 tenía sus cargas, pero entre estas no figuraba la molestia constitucional y cada príncipe reinaba en su territorio como quería, mientras no faltaran sus contingentes armados á Napoleón. Esta esclavitud no tenía, pues, nada de pesada para los soberanos, y sus embajadores oían hablar con cortesía sarcástica de la guerra federal, y los representantes en el consejo federal necesitaban toda la seriedad de los augures romanos para revisar con corrección la organización militar federal. «Acaso, decía Bismarck, habría sucedido lo mismo si la Santa Alianza se hubiese desmoronado antes; pero si ahora se ha hecho visible dentro y fuera del país la decrepitud de la confederación, lo debemos á la conducta del Austria en los últimos dos años, y especialmente en el convenio de diciembre y en la nota del 14 de enero.»

El verdadero peligro, sin embargo, estaba en la incompatibilidad incurable del Austria y de la Prusia, sobre cuyas consecuencias inevitables en una guerra común, se expresa Bismarck en su escrito con irresistible elocuencia: «El espíritu de una alianza austro-prusiana, aun en el mayor peligro común, sería siempre lo contrario de lo que constituye una alianza y de lo que la cimenta. Serían más fuertes y más enervadoras que nunca la mútua desconfianza política, la envidia militar y política, la sospecha de cada uno de que el otro hiciese tratados especiales con el contrario, ya para aumentar el engrandecimiento de su aliado, ya para asegurar su propia salvación. Ningún general de una de las dos potencias permitiría que el otro venciera. Tenemos en nuestra historia los tratados de Vosseem y de Saint-Germain, el recuerdo de nuestra suerte en el congreso de Viena, que nos autoriza á recelar del éxito de la alianza del Austria, y la política de los dos últimos años, que nos prueba que en Viena no han perdido la costumbre de las mañas italianas. Quizás quisieran darnos seguridad con un cambio de personas ahora que Buol no encuentra ya crédito en ningún gobierno; pero siempre quedarían la política tradicional del Austria y sus celos de nosotros. Por mi parte no me fiaría del zorro viejo, aunque cambiara de piel. Según la política de Viena la Alemania es estrecha para nosotros dos, y mientras

no haya un acuerdo leal respecto de la influencia de cada potencia en Alemania, aramos los dos el mismo campo litigioso y el Austria sigue siendo el único Estado con el cual podemos perder mucho ó ganar mucho. El concordato y sus accesorios han exasperado los contrastes y han dificultado de nuevo todo arreglo. Sin esto tenemos un gran número de intereses encontrados, los cuales ninguno de nosotros dos puede abandonar sin renunciar á la misión que cree tener, y no hay medio diplomático pacífico de dirimir estas cuestiones. En 1813 y 1849, ni la presión más fuerte de fuerza ni el peligro inminente de la existencia de ambas potencias pudieron arreglar la cuestión del dualismo alemán. Esta cuestión se ha resuelto desde Carlos V una vez en cada siglo, y antes, desde hace mil años, de cuando en cuando por una guerra radical interior, y en este siglo no quedará tampoco más recurso para llegar á un arreglo. Mi intención no es deducir de todo esto que debemos dirigir nuestra política á promover una decisión entre nosotros y el Austria en las circunstancias más favorables; solo quiero manifestar mi convicción de que antes de mucho tiempo tendremos que pelear con el Austria por nuestra existencia, y que no está en nuestro poder evitarlo, porque la marcha de las cosas en Alemania no permite otra salida. Si esto es así, lo que por supuesto no puede probarse, no es posible para la Prusia llevar su abnegación hasta jugarse su propia existencia para salvar la integridad del Austria, y en mi opinión sería ésta una lucha sin esperanza. He omitido mencionar entre los puntos débiles que ofreceríamos á nuestros contrarios en una lucha contra una alianza de Rusia y Francia, el que depende de las circunstancias de Inglaterra. Desde la ley de reforma, la *sabiduría hereditaria* antigua no ha podido dominar las pasiones de partido, y en la nación en que pueden más artículos de periódicos que consideraciones de hombres de Estado, no es posible tener confianza. La seguridad insular de Inglaterra hace fácil á este país sostener ó abandonar á un aliado en el continente, según las necesidades de la política inglesa, y un cambio de ministros basta para hacerlo y justificarlo, como lo experimentó la Prusia en la guerra de los siete años. Una alianza entre Austria é Inglaterra está siempre expuesta á aflojarse y paralizarse por la aversión mútua y por la misma arrogancia de Austria é Inglaterra, como también por su contraste político y religioso.»

Por tanto, el resultado de los consejos de Bismarck era: paz con todas las potencias, y quizás alguna mayor amabilidad con Luis Napoleón, pero alianza con ninguna, y no dejarse llevar gratuitamente á remolque de ninguna de ellas; siempre recelo respecto del Austria, mientras no se hiciera un arreglo que permitiese á las dos potencias ser aliadas leales sin segundas intenciones.

CAPITULO II

VÍCTOR MANUEL II, CAVOUR Y LA LIBERACION DE ITALIA

Entre los Estados representados en el congreso de paz de París por sus ministros, figuró también el reino de Cerdeña, país cuyo número de habitantes no llegaba á cinco millones y que siete años antes yacía todavía destrozado, pero que acababa de recibir con su admisión en el consejo de las grandes naciones su título de potencia europea. Este fué el primer fruto glorioso de la política inteligente y osada seguida por el esforzado rey Víctor Manuel II y su gran ministro el conde Camilo de Cavour.

El rey Carlos Alberto, en su lucha por la Italia, había arriesgado su corona, su tierra, su honor y su vida, y cuando por desesperación emprendió su última campaña, viéndose

perdido, hizo el último sacrificio que pudo hacer en el mismo campo de batalla de Novara (el 23 de marzo de 1849). Después de haber buscado en vano la muerte entre las balas enemigas, abdicó para salvar su país la corona a favor de su hijo, al cual el Austria podía conceder una paz que nunca podía otorgar a su padre. El hijo, Víctor Manuel, de 29 años de edad, en la lucha por una paz honrosa mostró quién era, y aprendió lo que no podía arrebatarse a su país por ninguna derrota ni por la insolencia de un vencedor sin misericordia. Si se estudian las negociaciones de las cuales salió el 6 de agosto de 1849 el tratado de paz con el Austria, negociaciones que merecerían ser estudiadas mucho más de lo que lo han sido, se ve en un cuadro conmovedor cómo se distingue de un vencido el que no ha sufrido sino una derrota. El derrotado ha perdido una batalla, y el vencido ha perdido también la fe en sí mismo. Víctor Manuel encontró en su fe inflexible, en su propia estrella y en su derecho el valor necesario para mostrar, con ayuda de sus hombres de Estado, una actitud que impuso respeto (1).

El Sr. Bruck, plenipotenciario del Austria, pidió a los enviados del rey de Cerdeña, en su entrevista del 13 de abril en Milán, una suma como indemnización de guerra. Esta petición dió a conocer que el plan del ministro austriaco, príncipe de Schwarzenberg, era arruinar el reino de Cerdeña no atreviéndose a desmembrarlo por miedo a la Francia; pues cuando la noticia de Novara llegó a París, la primera idea del príncipe Napoleón fué enviar un ejército al otro lado de los Alpes para oponerse a los austriacos. Si no lo hizo así se debió a Thiers, que si bien no era su ministro, era su consejero más influyente. Thiers le dijo que con aquel ejército encendería una guerra universal y no alcanzaría lo que por la vía diplomática podría conseguir con mayor seguridad. Este camino diplomático fué el que Thiers tomó con gran habilidad. En sus salones se reunían entonces cada noche los ministros y diplomáticos, entre ellos el enviado austriaco, barón de Hubner, que había sido presentado a Thiers ó mejor dicho acreditado cerca de él por una carta del rey Leopoldo de Bélgica. El 24 de marzo a media noche el barón Hubner salió del Eliseo y entrando en casa de Thiers dijo: «Ahora nos vengaremos en el Piamonte de su ataque traidor é infuco. Daremos a esos republicanos una lección que no olvidarán en un siglo. Carlos Alberto ha destruido en una semana un reino que sus antepasados habían reunido y redondeado en tres siglos. No tendremos consideración a los sentimientos de ninguna potencia que trate de interponerse entre nosotros y nuestro derecho de venganza. Estamos completamente preparados a la guerra para ejercer nuestro derecho si fuere menester.» A esto respondió Thiers en tono acre: «Usted acaba de pronunciar una palabra proscrita de la lengua diplomática. Nadie pronuncia esta palabra si no desea realizarla. ¿Es este su deseo de usted? a nosotros nos encuentra completamente preparados. He necesitado toda esta noche para disuadir al príncipe del pensamiento de declarar la guerra inmediatamente; los decretos relativos al llamamiento de ciento cincuenta mil hombres a las armas y a pedir doscientos cincuenta millones para pertrecharlos, están redactados. Solo necesito decirle las últimas palabras de V. y mañana serán presentados estos decretos a la cámara.» Estas frases produjeron en el diplomático austriaco el efecto de un chorro de agua helada. «Dios me libre, exclamó, de desear la guerra y mucho menos con Francia. — ¿Por qué, pues, habla V. de ella? repuso Thiers. ¿Por qué amena-

(1) Leon Menabrea: *Histoire des négociations qui ont précédé le traité de paix conclu le 6 août 1849 entre S. M. le roi de Sardaigne et S. M. l'empereur d'Autriche*, Turin, 1849.

za V. con disposiciones que han de dar lugar a la guerra, conforme V. sabe? ¿Por qué amenaza V. con aplastar el Piamonte, sabiendo que está bajo nuestra protección?» A esto contestó el diplomático austriaco que su gobierno no quería aplastar el Piamonte, y solo exigiría que pagara los gastos que había causado con su sorpresa alevosa (2).

La suma que pidió el Austria importaba 220 millones de francos, pero habría subido a 300 con las indemnizaciones para los duques de Parma y Módena, para pueblos y particulares, y por los gastos del empréstito que había sido necesario. En esto se veía la intención del Austria de arruinar el país, a cuyas fronteras no podía tocar, y matarlo por extenuación, como quiso hacer Napoleón I con la Prusia en la paz de Tilsit. Los delegados piamonteses se negaron a entrar en negociaciones que tuviesen por base semejante exigencia, y además tenían orden de exigir dos cosas, que hicieron ver claramente que el reino de Cerdeña estaba decidido a cumplir en adelante como hasta entonces los deberes que le imponía su política nacional. Estas dos exigencias eran: una amnistía general para los lombardos y venecianos y el reconocimiento claro y preciso de la nacionalidad italiana.

Rotas las negociaciones por parte de los piamonteses apeló su gobierno a la mediación de Francia é Inglaterra. Antes de emprender nuevas negociaciones, en 7 de mayo de 1849 fué nombrado ministro de Negocios Extranjeros, en lugar del general Launay, Máximo de Azeglio, que redactó la admirable contestación del gabinete de Turin al *ultimatum* que Bruck había entregado en Milán en 18 de julio. De esta contestación del ministro italiano, fechada en 20 de julio, tomamos aquí algunos trozos que dan a conocer al autor del escrito y la situación que pinta:

«En el momento en que los asuntos de Hungría causan al Austria los mayores compromisos, hemos dado una prueba de nuestra lealtad completa y de nuestro deseo sincero de paz aumentando la contribución de guerra en veinte millones. Los primeros gabinetes de Europa nos han hecho justicia y han encontrado nuestros ofrecimientos más que proporcionales, por esto teníamos el derecho de no ver retardada la paz después de tan grandes sacrificios por nuestra parte; pero en el momento en que creíamos haber llegado a este resultado, el Austria nos imposibilita toda nueva negociación lanzándonos un *ultimatum*, cuya aceptación implicaría la ruina y el deshonor de nuestro país. La abdicación del rey Carlos Alberto hubiera debido borrar de la mente de Austria el recuerdo de un ataque que llama injusto, pero que según sostenemos nosotros, fué debido a la fuerza de las circunstancias. El rey actual, que tan resueltamente se ha puesto a la cabeza del partido del orden y de la legalidad y cuyas brillantes cualidades despiertan generales simpatías, habría podido esperar que se respetaría en él al representante de la idea monárquica, que para el Piamonte es la única ánora de salvación. Muy lejos de esto, se quiere cubrir su nombre de ignominia, abrumar a sus pueblos y hacer imposible en sus Estados todo gobierno. La Europa comparará la conducta del Piamonte con la del Austria y juzgará de qué lado están la razón, la generosidad y la rectitud. Al declarar el rey y su ministerio que se consideran víctimas del abuso de la fuerza, reconocen su deber de apartar una desgracia mayor del Piamonte, que en las circunstancias a que le expondría la ruptura de las negociaciones, tendría que jugarse sus más preciosos bienes, su porvenir y sus instituciones. Con todo esto, el gobierno de S. M. el rey no puede hacer lo imposible; y es indisputable que el mismo feld-mariscal Radetzky si se hallara en el palacio del rey no podría sacar del

(2) Senior: *Conversations*, tomo I, págs. 48 a 51.

Piamonte las sumas pedidas, según la manera que se propone su pago. Hemos decidido subir a setenta y cinco millones, comprendiendo en esta suma la indemnización, pero con la condición de que los plazos y modo de hacer los pagos quedarán dentro de los límites de lo posible. Es nuestro deber como cuestión de honor pedir una amnistía, pero no insistimos sobre el nombre, que puede ser sustituido por otro que signifique lo mismo. Al ir tan lejos en los sacrificios pecuniarios de nuestro país, tenemos cierto derecho para insistir a favor de aquellos que se han comprometido uniéndose a nuestra. La amnistía es, ciertamente, un acto que en circunstancias usuales solo puede proceder de la libre voluntad del jefe del Estado; pero el ejemplo de los tratados prueba que es costumbre admitida poner por condición en casos de renuncia de derechos de posesión ó de evacuación de territorios, el olvido de lo pasado para los habitantes de estos territorios. No nos atrevemos a exigir esto del Austria, pero debemos hacerle presente que nuestra situación es completamente excepcional. No pretendemos que el Austria reconozca en principio el derecho de los pueblos a dar su voto, pero es preciso que comprenda que nosotros estamos obligados por nuestra conciencia a remediar, hasta donde podamos por lo menos, las consecuencias funestas de sucesos en los cuales hemos tenido parte, aunque no quiera admitir el Austria que el honor nos impide separar nuestra causa enteramente de la causa de los que han confiado en nuestra lealtad. Por eso pedimos olvido de lo pasado (1).

En esto estaba el verdadero escollo de todo el asunto de la paz. Bruck ya se había contentado con los setenta y cinco millones de indemnización de guerra, cuando los piamonteses volvieron a insistir en la amnistía y declararon que estaban prontos a firmar el tratado con los artículos adicionales tan luego como quedara garantido, por un decreto del gobierno imperial, «que no se molestaria ni en sus personas ni en sus propiedades, ora se hallasen en el país ó bien estuviesen emigrados, a los súbditos del reino lombardo-veneto que de cualquiera manera hubiesen tomado parte en la sublevación y en la guerra.» El jefe de la embajada, el conde Pralormo, escribió sobre esto en 24 de julio un informe caluroso al príncipe Schwarzenberg, en el cual decía: «Ya sabemos que en nuestra situación no podemos imponer condiciones de paz; pero la exigencia de la amnistía es para nosotros una deuda de honor, un deber de conciencia y una necesidad tan precisa y tan generalmente reconocida que estamos resueltos a renunciar a los beneficios de la paz y a sufrir las consecuencias de nuestra posición falsa, antes que deshonorarnos renunciando a la amnistía. Hablando en plural quiere decir que me uno al modo de pensar de los ministros, de mis colegas, y de todos los hombres de honor y de corazón que hay en nuestro país. En verdad creo que el ministerio no solo no podría firmar la paz sin estar completamente tranquilo respecto de la suerte de los lombardos que han sufrido con el Piamonte, sino que voy más lejos y declaro a V. E. con la franqueza y sinceridad que en mi larga y penosa carrera jamás me han abandonado, que el rey no encontraría, entre los hombres que se respetan, ninguno que entrara en un ministerio dispuesto a firmar el tratado antes de estar decretada esta tan importante y esencial disposición. Yo hablo por convicción y repito lo que ya he dicho a S. E. el feld-mariscal Radetzky y al caballero de Bruck, que no obedecería personalmente las órdenes del rey mi señor, de quien tan sincera y fielmente soy adicto, si me impusiera este ministerio con la condición de renunciar al alivio de tantos sufrimientos.»

En 2 de agosto anunció Bruck que se publicaría la amnistía,

(1) Menabrea, págs. 132-135.

tía, si no por el emperador, por el feld-mariscal Radetzky; en 6 de agosto los enviados piamonteses Pralormo, Dabormida y Buoncompagni firmaron el tratado de paz, y en 12 de agosto publicó Radetzky la prometida amnistía, y en 17 del mismo mes canjearon los plenipotenciarios las ratificaciones del tratado.

Dura había sido la lucha con el enemigo para llegar a este arreglo, pero más dura fué la que tuvo el gobierno que sostener con la cámara, destrozada por las pasiones, por el odio y el recelo que quedan después de una revolución sofocada y de una guerra de liberación perdida. Después de una larga contienda con el gobierno, la cámara, en 16 de noviembre, aprobó el tratado de paz con una condición que significaba su no aceptación en la peor de las formas imaginables. El rey disolvió la cámara y apeló en 20 de noviembre a los electores con una alocución redactada magistralmente por Azeglio, para que juzgaran entre él y el parlamento, que desde algún tiempo antes se había hecho ya imposible. El rey sin escudarse detrás de sus ministros se presentó él mismo ante el país, recordando el juramento que había prestado de proteger a todo el mundo en su libertad y en su derecho, y de libertar a la nación de la tiranía de los partidos, cualesquiera que fuesen su nombre, objeto y estado, diciendo que conforme a esta promesa había procedido a disolver una cámara que se había hecho imposible y al disponer inmediatamente la elección de una cámara nueva, y añadía: «He firmado el tratado de paz con el emperador de Austria conforme lo exigía el honor público y el bien del país. La santidad de mi juramento exige que se cumpla lealmente; pero cuando los ministros lo presentaron a la cámara, solo encontraron hostilidad. Por esto apeló a la nación; mas si el país, los electores, me negaran su apoyo, no caería sobre mí sino sobre ellos la responsabilidad de lo que sucediera y de las complicaciones posibles.»

La cámara que salió en diciembre de las nuevas elecciones aprobó sin discusión en 9 de enero de 1850, por 112 votos contra 17, el tratado de paz, y en seguida siguió al valiente ministerio de Azeglio en una nueva lucha que era una verdadera cuestión vital para la liberación interior del país. El conde Siccardi, ministro de Cultos, presentó a la cámara una ley sobre la abolición de la jurisdicción eclesiástica y del derecho de asilo de los conventos, reforma exigida sin remisión por los artículos 24, 68 y 72 de la constitución del 4 de marzo de 1848, pero que estaba en contradicción con los privilegios concedidos al clero por el concordato de 1840 y con el espíritu clerical con que habían reinado Víctor Manuel I, Carlos Félix, y hasta 1848 también Carlos Alberto.

Era inevitable una lucha con Roma, que se negaba a toda modificación amistosa del concordato desde 1848; era también inevitable otra lucha con el clero del propio país, a cuya cabeza estaba el fanático arzobispo de Turin, Franzoni. Los que temían ésta eran contrarios de la citada ley, que fué presentada a la cámara en 6 de marzo de 1850. Combatió la ley César Balbo, el célebre patriota, y estimado como hijo primogénito de la moderna Italia desde que había escrito: *Las esperanzas de Italia*. En pro de la ley habló en 7 de marzo con éxito completo el diputado por Turin, conde Camilo de Cavour, que con este solo discurso se conquistó un sitio entre los primeros hombres de Estado de su país.

Vió atacada la citada ley por dos lados diferentes: como peligro para la Iglesia y como peligro para la monarquía, porque la sumisión del clero al derecho civil lastimaba, según los enemigos de la ley, la autoridad de la Iglesia; y como concesión a la revolución, atacaba la autoridad de la idea monárquica. Cavour pidió la ley para bien de la Iglesia y para bien de la monarquía constitucional, diciendo: «Se ha que-